



Gracias a esa huelga

1914 - 1919

Digo gracias y explicaré por qué. Entre estos años que indico, por supuesto, yo todavía no había venido a este mundo, porque yo nací en San Martí, en la calle de Collibei, el 14 de diciembre de 1919, y mi nombre es Gabriel Monserrate Muñoz .

Después de este inciso, continuaré con mi historia, que es lo más importante, pues entre estos años que señalo, ocurrieron muchos acontecimientos, que mis padres me contaban, como fue la guerra europea en el año 1914. Pero voy a explicar por qué yo tuve la suerte de nacer en esta tierra, que es Catalunya; no es que por haber nacido aquí desprecie a ninguna región de España, porque mis padres eran murcianos, y si yo hubiera nacido en Murcia, pues también me sentiría orgulloso de ser murciano, pero lo que me cae muy mal es que algunas personas que han venido de otras regiones hablen mal de Catalunya. Yo veo bien que primero amen a su tierra, los alabo, pero que no desprecien la tierra donde están viviendo, que es la mía. Bueno, me he puesto un poco sentimental, pero vamos a dejarlo y seguimos con la historia. Pues por aquellas fechas me contaban mis padres que aquí en Barcelona hubo una huelga muy importante, en el puerto, y la llamaron la huelga del carbón, pues como lo trabajadores pedían algunas mejoras y la patronal no las aceptaba, los trabajadores se negaron a descargar los barcos de carbón que iban llegando. Y pasaban los días y no se solucionaba la huelga, y no era muy bueno para la ciudad, porque el carbón era una materia prima en aquellos tiempos; si faltaba el carbón, paraban los trenes, los barcos y muchas industrias, porque trabajaban con vapor, y necesitaban fuego para calentar el agua, y los ciudadanos también lo necesitaban, porque en todas las viviendas se cocinaba con carbón y, si faltaba, no se podía cocinar. La cuestión es que, como pasaban los días y la huelga no se solucionaba, la patronal tomó la decisión de salir de Catalunya a otras regiones para contratar trabajadores. Les ofrecieron buenos sueldos y los viajes pagados, y vinieron bastantes. Y en estas expediciones es cuando vino mi padre a Barcelona. Al llegar, se pusieron a trabajar por la mañana, pero al mediodía, a la hora de salir a comer, estaba todo aquel lugar lleno de piquetes, esperando a que salieran. Y conforme iban saliendo, empezaron a repartir leña, y tuvo que intervenir la Guardia Civil. Todos los esquirols salieron corriendo; mi padre ya no volvió más a aquel lugar, porque decía que les habían engañado, o sea que nada más trabajó medio día y no lo cobró y, si se descuida, le

hubieran pegado algún palo. Mi padre ya se quedó en Barcelona, en casa de un familiar. Toda esta historia me la contaba mi padre cuando yo ya tenía doce o trece años; por eso le doy las gracias a aquella huelga de haber nacido en Catalunya.

MI INFANCIA

Mi infancia fue bastante complicada, y digo complicada porque yo fui un niño que nunca pudo conseguir tener un juguete de reyes. Cuando yo tenía tres o cuatro años, me daba cuenta de que un día al año mis amigos salían con algún juguete nuevo a la calle. Yo escuchaba que mis amigos decían: “Me lo han dejado los reyes”, pero como que en mi casa nunca se hablaba de esta fecha, yo no le daba importancia. Explicaré por qué no hablábamos de este tema en mi casa. Mi padre, de muy joven, contrajo una enfermedad por trabajar de fundidor de metales, y tuvo que dejar el trabajo, debido a la intoxicación tan grande que cogió. Siempre se sentía muy mal, era imposible que pudiera seguir trabajando, y como que por aquellos años no existía la Seguridad Social, no cobrabas ni una peseta cuando te jubilabas, y las medicinas también tenías que pagarlas, y el único dinero que entraba en mi casa era el que conseguía mi madre, que se dedicaba todos los días a lavar ropa en algunas casas, porque entonces no existían lavadoras eléctricas y de ninguna clase; toda la ropa sucia se tenía que lavar a mano, y las familias que estaban bien de dinero tenían una persona para que les lavara la ropa, cada semana. Mi madre ya tenía unas cuantas casas seguras para ganarse algún dinero, pero recuerdo muy bien que cuando llegaba a casa, después de estar todo el día lavando, tenía las yemas de los dedos ensangrentados y no podía tocar nada; todo lo que tocaba le molestaba. Así pues, podéis imaginaros los reyes que yo podía tener con lo que ganaba mi madre, que era una miseria para mantener a cuatro personas, porque también tenía una hermana, que no la he nombrado porque se pasaba muchos días en casa de una tía mía, que se dedicaba a vender frutas y verduras por las calles y se ganaba muy bien la vida.

Un día mi madre le propuso a mi padre que probara a vender, como lo estaba haciendo mi tía, pero él era un poco vergonzoso y no se atrevía a salir a la calle a vender. Pero una mañana, a eso de las cinco, se levantó mi madre, despertó a mi padre y le dijo: “Levántate, que nos marchamos al borne a ver si compramos algo para vender”. Se levantó y se marcharon al borne, donde compraron una gran cantidad de alcachofas, unas doscientas aproximadamente. Cuando llegaron a casa, mi madre cogió una cantidad, las puso dentro de un cubo y me dijo: “Coge este cubo y vete a la plaza de la iglesia, a ver si puedes venderlas”. Y sí, cogí las alcachofas y me marché hacia la iglesia. Esta iglesia estaba en el Clot, en un lugar por donde pasaban muchas señoras para ir de compras a la plaza. Cuando yo llegué, en un banco de piedra de los que allí había, puse varios montones de alcachofas de tres en tres y, cuando pasaban las señoras, les decía: “Señora, mire qué alcachofas más majas tengo, y qué baratas: tres, diez céntimos”, y casi todas las señoras que pasaban me compraban. Yo escuchaba a muchas señoras que decían entre ellas: “Yo ya he comprado en la plaza, pero lo veo tan gracioso y tan pequeño que también le he comprado”. Yo tenía seis años y recuerdo que llevaba pantalón y corto y alpargatas, y hacía bastante frío. Yo creo que muchas señoras me compraban para que me marchara y no pasara más frío en aquel lugar. Pasaron dos horas, y yo ya había vendido todo el género, así que me marché para mi casa. Cuando llegué, mi padre, un poco sorprendido, me dijo: “¿Ya las has vendido? ¡Qué rápido!”. Le entregué el dinero, que fueron unas dos pesetas, y él también había vendido bastante.

Desde aquel día, mi padre se animó, y al día siguiente me despertó a las cuatro de la mañana y me dijo: “Levántate, que nos marchamos al borne”. Y con el frío que hacía y la noche tan oscura, nos marchamos para coger el tranvía en la parada que había en la plaza del Clot. Recuerdo que era la línea del 40. Allí lo cogíamos y nos bajábamos en la parada del Arco del Triunfo. Cuando llegábamos a esta parada, era el momento más feliz del día para mí. Y digo más feliz porque todas las mañanas, en frente del Arco del Triunfo, montaban un chiringuito y despachaban café con leche muy caliente, y también pedía una ensaimada. Cuando terminaba de desayunar ya se me quitaba el frío y nos marchábamos para el borne. Cuando llegábamos, empezábamos a mirar precios y, donde estaban más baratos, comprábamos el género que nos interesaba. Primero comprábamos una caja de tomates o de peras, de lo que se presentaba entonces, y yo me quedaba en un lugar con la primera compra, y mi padre seguía dando vueltas y compraba tres o cuatro artículos más. Cuando terminábamos la compra, mi padre se marchaba a la calle de Tantarantana, cerca del Arco del Triunfo, donde había varias casas que alquilaban carretones de mano. Alquilaba uno, y se venía donde estaba yo, esperándolo. Entonces cargábamos el carretón y nos marchábamos hacia la carretera de Ribas, mi padre delante del carro y yo, empujando, detrás. Llegábamos al Clot, a la calle de Trinchán, que era donde vivíamos. Al llegar, teníamos que descargar rápidamente, para devolver el carretón porque, al paso de las horas, más tenías que pagar. Entonces mi padre cogía el carretón y se marchaba muy deprisa a devolverlo, mientras yo cogía una cantidad de género y me marchaba a la plaza de la iglesia para venderlo. Mi madre, en la puerta de casa, también ponía un poquito de parada y también vendía. Estuvimos una temporada vendiendo, y de esta manera podíamos ir saliendo de la pobreza que nos invadía. Pero llegó un momento en que nos fue tan bien, que mi padre ya se marchaba solo al borne, compraba seis o siete clases de género, y se los hacía traer por el “camàlic”.

Estos “camàlics” eran unos señores que tenían unos carros grandes con caballos, que se dedicaban a recoger los bultos en el borne. Tú ponías tu nombre sobre el bulto que comprabas y el “camàlic” ya sabía dónde tenía que llevarlo. Y te cobraba el porte, que eran un real o dos por bulto, según el tamaño. Recuerdo que a mi padre le llamaban el torero, y ése era el nombre que ponía encima del género que compraba. Como ya he comentado, vivíamos en la calle de Trinchán, en el número 16, muy cerca de la avenida de la Meridiana, por donde en aquellos tiempos pasaba el tren. La casa era muy antigua y muy grande; tenía una entrada donde se podían guardar hasta tres carros de los grandes. Este comentario de la casa lo hago porque, como tenía tanto espacio, llegó un momento en que empezamos a montar un poco de verdulería, y la gente ya venía a comprarnos, y ya no salíamos a la calle a vender. Y como dábamos fiado para pagar el sábado, pues venía mucha gente a comprar. Entonces el negocio fue subiendo tanto que ya vendíamos de todo (patatas, huevos, etc.). Los domingos mi madre se levantaba muy temprano y se marchaba a un pueblecito de por aquí cerca y compraba pollos y conejos, y pusimos un mostrador pequeñito y todos los domingos vendíamos pollos y conejos. Teníamos mucha clientela.

Cuando llegaba la temporada de los melones era cuando ganábamos más dinero, porque los domingos en ninguna casa faltaba un melón, era el postre preferido, por eso digo que era cuando más dinero ganábamos. Mi padre los sábados acostumbraba a ir al borne y aquel día nada más compraba melones; compraba una cantidad que oscilaba entre los doscientos y los trescientos melones, y los hacía traer por el “camàlic”. Y cuando llegaba el carro con los melones a la puerta de mi casa, ya estaban todos los muchachos

del barrio esperando para ayudarnos a descargar. Formábamos una cadena y nos íbamos pasando los melones de uno al otro, hasta que los descargábamos todos. Entonces, cuando ya estaba el trabajo hecho, mi padre cogía seis o siete melones y se los daba a los muchachos por habernos ayudado a descargar. Al día siguiente, que ya era domingo, por la mañana empezaban a venir a comprar melones, y venían de todo el barrio de San Martí. No crean que exagero, pero había momentos en que incluso se formaba cola, y eso que también venían tres tíos míos a ayudarnos. O sea que eran cinco personas despachando, y había momentos en que no daban abasto. Recuerdo que ponían un capazo para depositar el dinero de lo que se iba vendiendo y, cuando se terminaba la venta, yo algunas veces intentaba levantar el capazo, y no podía, debido al peso de las pesetas y los duros en plata, y calderilla. También había algún billete de veinticinco pesetas, pero muy pocos. Mi padre siempre decía que con lo que ganábamos con la temporada de los melones, podíamos comer todo el año y pagar los gastos, sabiéndolos administrar, pero era necesario seguir con la verdulería, porque era el pan nuestro.

Voy a explicar una anécdota muy curiosa. Mis padres no sabían escribir ni leer ninguno de los dos y de números, muy poco. Entonces, como ya he dicho anteriormente que daban fiado, para llevar las cuentas, le daban a cada cliente una hoja de papel en blanco con una consigna, que quería decir su nombre con una x; a otra le ponían xx y, siguiendo este sistema, ellos ya se entendían. Yo no sé cómo se las arreglaban, pero la cuestión es que todo el mundo pagaba. Pero los melones no se fiaban a nadie, porque eran un capricho. Cuando llevábamos dos años viviendo un poco bien, pero trabajando mucho, entonces, sin esperarlo, nos vino la mala suerte, como se suele decir, porque una mañana, después de hacer la compra, se vino mi padre subido en el carro del “camàlic” y, cuando llegaron a mi casa, saltó del carro para bajarse y puso el pie mal en el canto del bordillo y se torció el tobillo. En aquel momento empezó nuestra ruina, porque mi padre no podía caminar y ya no era posible ir al borne a comprar, y si teníamos algunos ahorros, tuvimos que gastarlos en médicos y medicamentos, porque entonces no era como ahora, que existe la Seguridad Social y lo tienes todo gratis. A mi padre le costó mucho tiempo recuperarse un poco, pero ya no era el mismo, se sentía fracasado. En mi casa cada vez íbamos de mal en peor.

Entonces yo ya tenía unos once años, y recuerdo que ya habíamos conseguido que triunfara la segunda República, del año 1931, pero, a pesar de todo, los pobres seguíamos siendo pobres. Un día, una vecina con la que teníamos mucha confianza, viendo lo mal que lo estábamos pasando en mi casa, le dijo a mi madre: “Mira, Leonor, en este periódico hay un anuncio en el que piden un camarero. ¿Por qué no llevas a tu hijo?”. Y mi madre le contestó: “Como quieres que lo lleve, si nada más tiene once años y se ve muy crío”. Entonces la vecina le propuso lo siguiente: “Mira, yo tengo el traje de mi hijo, que ha hecho la comunión y tiene los pantalones largos. Se los ponemos a tu hijo y de esta manera parecerá mayor”. Entonces mi madre aceptó probar a ver si pasaba. Al día siguiente me vistieron de largo y, con mi madre, nos marchamos para el centro de Barcelona. Llegamos al domicilio donde pedían el camarero, que estaba situado en la Calle de Lauria, delante mismo del Hotel Ritz, y le llamaban El Canario de La Garriga. Al llegar, nos presentamos y nos dijeron que qué deseábamos. “Pues, veníamos para lo del camarero que piden”, respondió mi madre. Entonces nos preguntaron: “¿Y quién es la persona que pide el trabajo?”. Mi madre me señaló y dijo: “Ésta”. Entonces, el camarero que nos atendió me miró y dijo: “Señora, pedimos un hombre, no un niño”. Mientras seguíamos hablando apareció una señora muy gorda, que era la dueña, y preguntó qué pasaba. Entonces le explicamos y le dijo a mi madre:

“Señora, ¿no ve que es un niño?”. Mi madre le contestó: “Pero es muy listo”, y la señora insistió y le dijo que no, que era muy pequeño. Mi madre le rogó: “¿Por qué no se lo queda unos días de prueba y verá que es muy trabajador? Aunque de momento no le paguen nada más que la comida”. Aquella señora se dio cuenta de que nos hacía falta el empleo, porque lo estábamos pasando muy mal. Entonces se lo pensó un momento y dijo: “Bueno, que se quede, pero no le aseguro que siga ocupando este puesto”. En aquel momento ya me quedé allí y me presentó a los tres camareros que trabajaban en ese lugar, que por aquellos tiempos fue un restaurante muy famoso, en el que se hospedaban todas las compañías de teatro que venían de Madrid para hacer la temporada en el teatro Barcelona. La dueña se llamaba señora Dolores y tenía dos hijos mayores, que tendrían unos treinta y dos años. Uno se llamaba Enrique y el otro, Andrés, y estaban los dos casados con dos señoras que a mí me trataban como si fuera de la de la familia, porque no tenían hijos, y yo las respetaba mucho.

Voy a contaros el plan de trabajo que a mí me tocaba hacer. El mismo día en que me quedé, la señora Dolores, que ya he dicho que era la dueña, me dijo: “Mañana por la mañana, cuando te levantes, lo primero que tienes que hacer es coger un estropajo y lejía y fregar los dos mármoles que hay al entrar, en la puerta de entrada. A continuación, cogerás todas las sillas y las pondrás encima de las mesas para que puedas barrer. A ver si sabes hacerlo bien”. Y me enseñó dónde tenía los utensilios para la limpieza. Entonces yo ya me quedé a dormir en aquel lugar. Recuerdo que el lugar donde yo dormía estaba en un altillo, que era reservado, y tenía una mesa muy larga que servía para celebrar reuniones o algún casamiento o bautizo, y los asientos eran todo un banco que rodeaba la mesa, y tenía unos cojines como si fueran un sofá. Pues ésa era mi cama. Me liaba en una sábana y me tapaba con la manta. La primera noche que dormí en ese lugar no pude pegar ojo en toda la noche, pensando en que había tenido que abandonar mi casa y mi familia, que era lo que yo más quería. Hubo algunos momentos en que se me saltaron las lágrimas, pero al mismo tiempo recordaba lo mal que lo pasaba en mi casa. Digo mal en el sentido de comer y vestir, porque mis padres me querían mucho, pero las circunstancias de la vida en aquellos momentos tuvieron que ser así. Como digo que esa primera noche no pude dormir, me levanté muy temprano y me bajé hacia el lugar donde tenía los utensilios para la limpieza. Cogí un cubo, la lejía y el estropajo. Aquél era el primer día de mi trabajo. Abrí la puerta y empecé a fregar los mármoles de la entrada, que eran blancos; pero mientras estaba fregándolos se presentó la dueña y me dijo: “¿Cómo es que has madrugado tanto?”, y yo le dije: “Es que tenía muchas ganas de empezar con mi trabajo”. Y me contestó: “Por hoy puede pasar, pero la puerta se abre siempre a las ocho de la mañana”. Yo le dije que no pasaría más, y seguí con mi trabajo. Entonces cogí un cubo y le puse una cantidad de agua y le eché serrín. Cuando estuvo un poco espeso, cogí las sillas y las puse encima de las mesas, empecé a coger puñados de serraduras y me agachaba y con la mano lo lanzaba con fuerza para que fuera lejos y no les diera a las patas de las mesas. Entonces con la escoba pisaba las serraduras y fregaba el suelo, mientras la dueña me estaba observando, sentada en una silla. Cuando empecé a barrer me llamó y me dijo: “Veo que te vas a quedar con nosotros; me gusta como lo estás haciendo”. Y sí, me quedé.

Me puse entonces al corriente de lo que tenía que ser mi trabajo: cada día, fregar los mármoles y barrer; los lunes y los viernes tenía que coger dos cestas muy grandes de mimbre y marcharme caminando hacia la Boquería, y esperar a que viniera la señora, para hacer la compra. Yo la acompañaba. Mientras hacía la compra, iba poniendo los paquetes en las cestas. Compraba mucha cantidad de comida, y de muy buena calidad,

porque teníamos mucha clientela fija y de mucho prestigio. Como ya he dicho anteriormente, las compañías de teatro, muchos industriales, abogados... En aquel lugar no entraba cualquiera, tenían que ser clientes habituales. Voy a explicar una anécdota referente a los viajes que hacía para llagar a la Boquería. Varias veces tuve la ocasión de conocer a la Moños, que siempre se paseaba por las Ramblas. Para los que no la conocieron, les explicaré un poco quién era esta señora. Se hizo muy famosa porque siempre iba muy limpia y con la cara muy pintada; los labios, también y los carrillos de cara, muy colorados de pintura. El pelo lo llevaba muy bien peinado, un poco encrespado, y siempre se ponía un clavel o una rosa en el pelo. De una estatura mediana, más bien bajita, y siempre vestida con unas ropas muy extremadas, de colores muy vivos, con las faldas muy largas. Y cuando caminaba tenía un paso muy corto pero muy ligero y, al mismo tiempo que caminaba, movía el cuerpo hacia un lado y hacia el otro, o sea que tenía un caminar alegre, y siempre llevaba un abanico y, al mismo tiempo que caminaba, se iba abanicando Rambla arriba y Rambla abajo. La gente, cuando la veía, se paraba y decía: “¡Que viene la Moños!”, y se quedaban mirándola. Y ella pasaba y se le notaba que le gustaba que la miraran. Creo yo que esa señora en aquellos días tendría unos cincuenta y tantos años. Se hizo famosa en toda Catalunya. Tras más de cuarenta años de su muerte, que en paz descanse, todavía le sacaron una canción que se llamaba la Moños. Y es que fue una persona muy querida en Barcelona.

Siguiendo con mis tareas, cuando terminábamos la compra, la señora cogía un taxi con las cestas llenas y se marchaba para casa. Yo me iba caminando, porque tenía que pasar por la panadería, que me venía de paso, y coger el pan que se necesitaba para el gasto del día. Subía por la Rambla a la plaza de Catalunya, y la atravesaba hasta llegar a la ronda, por delante de la puerta donde ahora está el Corte Inglés. En este lugar mismo donde tiene la puerta el Corte Inglés, había una farmacia, que la llamaban Vicens Ferrer. Esta farmacia tenía mucha fama en toda Barcelona y, estoy por decir, en toda Catalunya, porque era el único lugar donde podías encontrar los últimos medicamentos que salían nuevos al mercado en toda Europa. Si el médico, cuando te visitaba, te recetaba algún medicamento un poco raro, ya tenías que desplazarte a esa farmacia, porque no lo encontrabas en ninguna otra parte. Y es que las farmacias de antes no tenían el lujo que ahora tienen, ni tantos artículos a la venta. Ahora venden de todo. Si los farmacéuticos de los años que yo indico, 1925, por decir, levantarán la cabeza y vieran que en las farmacias venden zapatos, se morirían de nuevo.

Voy a hacer un poco de historia de la farmacia que había en mi barrio. Estaba situada en el barrio del Clot, en la calle de la Nación, entre la avenida Meridiana y la calle de Ripollès, y muy cerca de allí también había una escuela de protestantes. Y al lado mismo estaba la escuela donde yo fui dos meses, nada más, porque no pude seguir pagando la cuota. Y a esta escuela la llamaban cal Boter, porque al lado había una carpintería, donde reparaban y fabricaban las botas de madera, muy grandes, que servían para trasportar el vino. Después de este inciso sobre los colegios, sigo con las farmacias de aquellos tiempos. La de mi barrio tenía una entrada rodeada de estanterías de madera, con una bombilla de luz en medio. En las estanterías tenían cuatro o cinco recipientes con yerbas medicinales, algunas botellitas con aceite de ricino, yodo, algodón, gasas, irrigadores para darte una lavativa, y muy pocas cosas más, que yo recuerde. Si alguna vez había venido el médico a mi casa y hacía alguna receta, mi madre me daba una botella pequeña de vidrio, de las que se usaban para la gaseosa, y me marchaba con la receta y la botella a la farmacia. Y cuando llegaba, como la puerta era una cristalera bastante vieja, para entrar no necesitabas tocar el timbre, porque la

crystalera, cada vez que abrías la puerta, arrastraba en el suelo y hacía rac. Todavía tengo en la memoria las rallas que tenía el suelo, de abrir y cerrar la puerta, y también recuerdo que si algún día había ido y estaba el farmacéutico comiendo, salía mascando la comida con la servilleta en la mano, limpiándose la boca, y me decía, en catalán: “Què vols?”. Entonces yo le contestaba, también en catalán, diciéndole que me preparara aquella medicina. Él me respondía: “Ven dentro de una hora, que ya la tendrás”. Pero algunas veces yo me presentaba en la farmacia antes de que se pasara la hora y me daba cuenta de cómo se preparaban las medicinas. En aquellos tiempos, yo veía al farmacéutico que cogía un mortero de mármol, bastante grande, y una mano de mortero, y echaba unas hierbas en el mortero y las picaba; le echaba un líquido, que seguramente sería agua, lo removía muy bien, lo filtraba y lo ponía dentro de la botella. Yo alguna vez había destapado la botella, y olía anís y el líquido era blanquinoso. Así era la farmacia de mi barrio. También tengo que decir que no todas las farmacias de Barcelona eran como la de mi barrio, porque por el centro de Barcelona las farmacias que había tenían muy buena presencia, pero las medicinas todos las fabricaban igual, a base de mortero, y no se podían comparar con las de ahora, donde puedes comprar incluso unas medias.

Después de hacer un poco de historia de las farmacias, continuó con mi camino, que atravesaba la plaza de Catalunya, seguía por la ronda hasta llegar a la calle de Pau Claris, subía hacia arriba y, antes de llegar a la calle de Caspe, había o creo que todavía existe una panadería, que era donde yo cogía el pan cada día, para el gasto del restaurante. Después de este recorrido, cuando yo llegaba tenía que empezar a preparar las mesas con los manteles, los cubiertos y los demás utensilios. Este trabajo lo hacía dos veces al día y, si terminaba pronto, me incorporaba a la cocina y ayudaba a la cocinera; pelaba patatas o lavaba la verdura; hacía lo que ella me iba diciendo. Si no tenía nada que hacer, salía al restaurante y me ponía en el mostrador. Era un mostrador que tenía unos cinco metros de largo, y era todo de mármol. Pero no servíamos a nadie que viniera de la calle, solamente servíamos a algunos empleados del Hotel Ritz, porque eran muy conocidos. Recuerdo que el que acostumbraba a venir más era el portero, que estaba en la puerta principal, y se cuidaba de recibir a los clientes: les abría la puerta y les cogía las maletas; se llamaba señor César.

Este mostrador que nombro, y que digo que era tan bonito por fuera, por dentro no lo habían limpiado desde que lo hicieron; estaba muy negro y de vez en cuando salía alguna curiana. Aquella suciedad a mí me molestaba mucho, y un día le dije a la señora que quería limpiar el mostrador por dentro, y me dijo que sí. Le pedí dinero para comprar un poco de cal y, cuando lo tenía todo preparado, empecé con la limpieza. Lo primero que hice fue levantar un tablero que cubría todo el suelo, y tuve una sorpresa: estaba todo el suelo lleno de monedas de todos los valores, desde cinco céntimos hasta algún duro de cinco pesetas en plata. Los recogí todos, llené un vaso con ellos, y se lo di a la dueña, que vi que se reía. Yo continué con la limpieza, lo emblanqué todo por debajo, y se quedó muy limpio. Coloqué cada cosa en su sitio y, cuando vino la señora y vio cómo había quedado, me felicitó, dándome un beso. Entonces llamó a sus hijos y les enseñó lo que yo había hecho. Aquella idea que tuve de limpiar el mostrador me valió mucho, porque a las esposas de los dos hijos de la dueña, desde aquel momento, les caí muy bien, y más porque no tenían hijos. Una tarde me llamaron las dos esposas de los hijos y sacaron un metro y empezaron a tomarme medidas, y a los tres o cuatro días me probaron una ropa, y pasaron unos días más y me llamaron y me pusieron una camisa

blanca, con gemelos, un pantalón largo negro, un chaleco negro, zapatos nuevos negros y una pajarita. Me vistieron de camarero.

Entonces, por la noche, cuando venían a cenar los artistas que actuaban en el teatro Barcelona, cuando se empezó a servir la cena me hicieron salir a mí, con la bandeja en la mano para servir una mesa. Y como era muy bajito y sabía llevar muy bien la bandeja, y vestido de aquella manera, las personas que se encontraban aquella noche allí no paraban de mirarme, y de reírse, y de darme golpecitos en la espalda. Hubo alguna señora que me dio un beso. Yo era un poco vergonzoso y no lo estaba pasando muy bien, porque todos me gastaban bromas. Pero, a medida que iba pasando el tiempo, me encontraba más a gusto en aquel lugar, porque mi familia parecía que se había olvidado de mí. Se pasaron tres meses, y todavía no habían venido a visitarme. Hubo momentos en que pensaba que me estaban olvidando y yo a ellos, porque llegó un momento en que el trato que yo recibía de los dueños era como si fuera de la familia. Comía con ellos en la misma mesa, si celebraban algún aniversario yo también estaba presente, me pagaban el vestir, y todo lo que necesitaba. Pero yo tenía mucha voluntad, y siempre estaba haciendo algún trabajo. El tiempo que estuve en aquel lugar nunca cobré ni una peseta, y no tenía fiesta nunca. Trabajaba siempre, incluso sábados y domingos, pero lo hacía a gusto, porque trataba con unos clientes que me apreciaban mucho. Esta compañía de teatro que se hospedaba en este lugar había un día a la semana que no actuaba por la noche. Entonces, cuando terminaban de cenar, seguían hablando de sus cosas, pero siempre terminaban metiéndose conmigo. Me gastaban bromas y me hacían cantar. Una de las bromas que más les gustaba era la siguiente: recuerdo que por aquellos tiempos estaba de moda, en el cine, un bailarín que fue muy famoso, llamado Fred Astaire, y yo quería imitarlo, y les hacía mucha gracia ver los saltos que yo daba bailando. Y me decían: “¡Te vas a venir con nosotros a hacer teatro!”, y la dueña siempre decía, en broma, “¿Ya habéis contado conmigo para lleváoslo?”. Cada día, al llegar el mediodía tenía que llevarles la comida a los actores al teatro, porque ellos estaban ensayando. Entonces me preparaban unas fiambreras que iban acopladas unas encima de otras, con la comida, y las cogía y me marchaba por la Gran Vía, hasta llegar a la Rambla de Catalunya, donde bajaba hacia la izquierda hasta llegar al Teatro Barcelona. Cuando entraba dentro del teatro, siguiendo por el pasillo, y me veían ya empezaban a hacerse señas de que entraba yo y dejaban de ensayar, para ponerse a comer en el mismo escenario, donde ya tenían una mesa. Había una muchacha, que pertenecía a la compañía, que les preparaba los platos y les servía la comida. Mientras yo esperaba a que terminaran de comer, me decían que fuera al bar que había en la misma esquina con la plaza de Catalunya, que se llamaba la Luna, y daba el recado de lo que tomaban cada día. Entonces un camarero, con una bandeja, les llevaba hasta el escenario lo que acostumbraban a beber. Yo recogía las fiambreras pero, antes de marcharme, siempre me hacían que les hiciera alguna tontería de las mías. Yo les bailaba o les imitaba a ellos, y se reían.

Recuerdo que un domingo en el que logré hacer fiesta, me marché a visitar a mi familia, que vivía en la calle de Trinchán. Pero cuando llegué, me encontré con la puerta cerrada; no había nadie. Entonces pregunté a los vecinos si sabían dónde estaban. Uno de los vecinos me dijo: “Yo escuché anoche que hablaban de ir a la playa, pero no sé si habrán ido”. Entonces, como yo ya sabía que ellos acostumbraban a ir a la Mina, que estaba en el campo de la bota, me marché para ese lugar, y sí, los encontré, que estaban allí para pasar el día. Cuando me vieron, les dio mucha alegría, pero yo estaba muy serio, y mi madre se dio cuenta y me preguntó: “¿Es que no te alegras de vernos?”. Yo

le dije que sí, pero que por qué no venían a verme. “¿O es que ya no os acordáis de mí? Han pasado más de tres meses, y no os he visto hasta hoy”. Entonces a mi madre se le saltaron las lágrimas y me dijo: “Sí que me acuerdo de ti; no pasa ni un día sin que te nombre; te llevo siempre en mi pensamiento, pero tú ya sabes que yo tengo que ir cada día a las casas que tengo fijas, para lavarles la ropa, y termino muy cansada. Pero yo sé que tú estás muy bien. Y tu padre también lo está pasando muy mal con el pie. Desde que tuvo el accidente, tiene que caminar apoyándose en una gayata, y no mejora”. Entonces yo le dije a mi madre: “Bueno, vamos a dejarnos de contar tristezas, que yo he venido a pasarlo bien y todavía me va a hacer que llore. Vamos a empezar a hacer la comida. Dígame dónde tiene la verdura, que yo me cuido de hacer la ensalada”. Cogí los tomates, la lechuga y demás cosas, y me marché a una fuente que había. Empecé lavando pieza por pieza y preparé una ensalada que, cuando mi madre pasaba con la bandeja para llevarla a nuestra mesa, todos le decían: “Leonor, ¡vaya ensalada! ¿Quién la ha preparado?”, y contestaba, orgullosa: “Mi hijo”. Era una ensalada que estaba muy adornada, porque yo, en el restaurante, disfrutaba preparándola. Hoy día, todavía, cuando celebramos algún acontecimiento en mi casa, yo me cuido de preparar la ensalada, y todos me felicitan. Es el plato que adorna la mesa. Después de pasar unas horas reunido en aquel lugar con mi familia, tenía que marcharme, porque a las cinco de la tarde tenía que estar en el restaurante para preparar las mesas, servir la cena, etc. Así que me despedí de mi familia y mi madre, llorando, me decía: “Tienes razón, hijo mío, que hemos tardado muchos días en visitarte. De ahora en adelante, ya pasaremos más a menudo para saber cómo te encuentras”.

Yo seguía desarrollando mi trabajo, como siempre, y me encontraba muy a gusto en aquel lugar. Pero una mañana, vino mi padre a visitarme, acompañado de un señor, a quien me presentó. Mientras hablábamos, me pidió que les sirviera un café a cada uno. A todo esto, estaban de pie, delante del mostrador. Yo se los serví, pero me daba cuenta de que entre ellos dos hablaban muy bajito, y no me enteraba de su conversación. Estuvieron como una media hora allí conmigo, y se marcharon. Pero a los tres días, se presentó mi madre también a visitarme, y yo me puse muy contento al verla. Pero entonces me dijo que quería hablar con la señora. Yo le dije que para qué quería hablar con ella, y me dijo que nos marchábamos al pueblo “y tú no te vas a quedar solo en Barcelona”. En aquel momento fue como si me cayera el mundo encima. Me quedé mudo, sin saber qué contestar. Fui a buscar a la señora, y se saludaron. Entonces mi madre le dio la noticia de marcharnos al pueblo, y de que yo me tenía que marchar con ellos. En aquel instante me di cuenta de que a la señora se le quedó la cara blanca y muy nerviosa, y le decía que no, que yo me quedara allí, que no me faltaría de nada. Mi madre insistía y le decía que no, que tenía que marcharme. Al final, la señora, bastante enfadada, levantando la voz, le contestó: “¡Ya se lo pude llevar! Esto me pasa por ser demasiado buena, pero me servirá de escarmiento para no favorecer a nadie más”. Yo, mientras tanto, escuchaba la conversación, y hubo unos momentos en que pensé decirle a mi madre que me quería quedar, pero también pensaba que abandonaba a mi familia. O sea que, en aquellos momentos, yo lo estaba pasando muy mal. Entonces la señora se dirigió a mí y me dijo: “Ya puedes coger lo que tengas tuyo y te puedes marchar ahora mismo”. Me sentí humillado con aquel desprecio y, sí, subí a la habitación donde yo tenía un armario con mis cosas, cogí todo lo que era mío y bajé abajo, hacia la cocina, para despedirme de la cocinera y la señora que se cuidaba de fregar los platos. La cocinera me dio un abrazo muy fuerte. También me despedí de los dos camareros, que me dieron un apretón de manos y me desearon suerte. Por último, quise despedirme de la señora y no quiso recibirme. Al marchar se me saltaban las lágrimas, y durante todo

el viaje hasta llegar a mi casa no pronuncié ni una sola palabra, solamente pensaba, cómo iba yo a abandonar Barcelona, si era una de las cosas de las que yo me sentía más orgulloso, de haber nacido en este país. No podía creérmelo.

Cuando llegamos a mi casa, estaba mi padre, que me dio un beso y un abrazo. Entonces mi padre me explicó que no nos marchábamos al pueblo; el motivo de haberme sacado de aquel lugar era porque yo era un buen camarero, “porque en la última visita que yo te hice, iba acompañado de un señor que tiene un bar, y yo le había hablado varias veces de ti y le decía en el lugar en que estabas trabajando. Él me dijo: “Si trabaja en el restaurante que tú me dices, sí que tiene que ser un buen camarero; un día de éstos iremos a hacerle una visita”, y fue el otro día, cuando me presenté con él, cuando nos serviste el café en el mostrador, al marcharnos me comentó que sí, que tú le interesabas, pero que tenía que ser rápido, porque se le había marchado el camarero que tenía y necesitaba cubrir el puesto, porque tenía mucho trabajo. Yo ya sé que tú estabas muy bien en ese lugar, pero llevabas mucho tiempo trabajando en este restaurante, y nunca te habían pagado ni una peseta. Creo yo que con lo que tú ya sabes del oficio, tienes que ganar algún dinero y, al mismo tiempo, puede ser una ayuda para la casa, porque tú ya sabes que nos hace mucha falta el dinero”. Estas últimas palabras de mi padre me dieron un poco de conformidad, y me daba cuenta de que tenía razón, porque mi madre todavía continuaba lavando ropa para ganarse una peseta. Al día siguiente, mi padre ya me llevó al bar donde tenía que trabajar, que estaba muy cerca de mi casa, en el Clot, al final de la calle Valencia, haciendo esquina con la calle de Rivas, y se llamaba Bar Roca. En este lugar empezó una nueva etapa de mi vida.

Mi padre y el dueño del bar estuvieron hablando de cómo sería mi trabajo en aquel lugar. Acordaron que yo tenía que quedarme, y hacer vida allí; o sea, comer y dormir, y me darían catorce pesetas al mes. Mi ropa sucia tenía que llevársela mi madre y lavarla ella. Pues, sí, empecé a trabajar el mismo día en que me presentó mi padre; me puse un delantal blanco y empecé a servir a los clientes. Los primeros días muchas personas me decían: “¡Chaval, tú eres muy joven!”, y otros me saludaban porque ya me conocían del barrio. Durante unos días fui la novedad de aquel lugar, porque era muy joven y no era muy alto, y tenía bastante gracia para servir. Muchos vecinos que ya me conocían, cuando se enteraron, se corrió la voz y decían: “El hijo de Leonor está trabajando de camarero en el bar Roca”, y muchos venían a verme y me saludaban. Pero todo no fueron flores y violetas, como se suele decir cuando una cosa sale bien. Lo digo porque, cuando terminé mi trabajo y cerramos la puerta, que serían las diez de la noche, me acompañaron al lugar donde yo tenía que dormir, y salimos al patio, donde había un cuartucho con una puerta sin ninguna ventana, muy oscuro, con una bombilla de luz colgando, y al entrar, echaba una peste que te tiraba de espaldas. En aquel momento ya me di cuenta de que aquello no iba bien, pero cuando fui a acostarme vi que la cama estaba removida, como si hubiera estado alguien durmiendo en ella. Entonces levanté la ropa para arreglarla un poco, para acostarme, y me di cuenta de que las sábanas estaban más negras que el carbón, porque ya se veía que habían dormido en ellas. Pero eso no fue todo, porque mientras me movía para hacer la cama, tropecé con algo; miré debajo de la cama para saber lo que era, y me encontré con un orinal de aquellos que usan en los hospitales para que los enfermos puedan hacer sus necesidades, y estaba lleno de orines y de mierda. Pues aunque les cueste creerlo, porque yo mismo, ahora que lo estoy escribiendo, no comprendo cómo fue posible que yo aguantara todo aquello, es cierto. Pero tiene una explicación: yo era un muchacho muy prudente, y me daba cuenta de las necesidades que estábamos pasando en mi casa y lo pasaba muy mal, por eso no me

atreví a decir nada; por si me despedían, y entonces perderíamos las catorce pesetas que ganaba al mes. Pues así resistí un mes y medio; hubiera resistido más si no hubiera sido porque la dueña del bar se puso enferma; entonces, como a mi madre ya la conocían, la llamaron por si quería hacer algunas horas de limpieza mientras la dueña del bar se encontrara mal. Mi madre dijo que sí, y aquel momento fue mi salvación. Me explico: mi madre empezó el primer día de su trabajo una mañana, y salió para el patio con un puñado de ropa sucia para lavarla, y en aquel momento yo también salía, para dirigirme a mi habitación, y mi madre me preguntó: “¿Dónde duermes, tú?”. Entonces, señalándole con la mano, le dije: “Mire, aquí”. Asomó la cabeza y entró hacia dentro; levantó la ropa de la cama y vio las sábanas, que estaban más negras que el carbón, y se enfureció: “¿Cómo puedes dormir aquí, con esta peste que hay?”, y se encaró conmigo, diciéndome: “¿Es que tú no tienes boca para haberme dicho cómo estabas durmiendo en esta pocilga?”. Y yo la escuchaba con la cabeza agachada y no decía nada. Entonces me dijo: “Vente conmigo”. Entramos hacia dentro del bar, donde estaba la dueña, sentada en una mesa, hablando con unas señoras; se acercó mi madre y le dijo: “So guarra, ¿cómo has tenido a mi hijo todo este tiempo durmiendo en aquella pocilga? ¿Cómo se ve que no tienes hijos! ¡Ya puedes estar gorda, si estás metida entre basuras como los cerdos!”. Intervino entonces el marido, que en aquel momento que discutían él ya había entrado en mi habitación, y le dijo: “Leonor, vamos a dejarlo, que éste no es el momento de arreglarlo, y menos delante de la gente”. Y mi madre, levantando más la voz, le dijo: “Precisamente, lo que yo quiero es que la gente sepa lo que es esta guarra”. Entre las dos señoras que estaban allí con ellas y el marido miraban de convencer a mi madre, y mi madre les decía a aquellas señoras: “¡No crean que digo ninguna mentira, vengan conmigo y ya lo verán!”. Mientras, la dueña miraba a mi madre con cara de descaro y no decía nada. Mi madre, viendo que no le contestaba, todavía se encendía más. Hubo algún momento en que creí que le pegaba, sobre todo cuando le dijo todo lo que pensaba de ella.

Nos fuimos a mi casa, donde estaba mi padre. Al verme entrar con mi madre, me dijo: “¿Qué pasa que estás tú aquí?”, y empezó entonces el jaleo en mi casa, con mi padre. Mi madre le contó lo que había pasado, y terminó diciéndole que el culpable de todo había sido él, “porque si me hubieras echo caso a mí cuando te decía que dejaras al chiquillo tranquilo allí, que él estaba muy bien, pero tú, por hacerle un favor al dueño del bar, que te pasas todo el santo día allí metido, mientras yo tengo que ir a lavar ropa para ganar algún dinero si queremos comer algo”. Le di la razón a mi madre, porque era verdad que mi padre, desde el día en que se torció el pie cuando se bajó del carro del “camàlic”, no podía caminar muy bien y se pasaba todo el día en el bar, jugando al dominó. No jugaba dinero porque no lo tenía, ni tampoco era bebedor, pero en casa no movía ni una silla de suelo; no colaboraba en nada. Lo que sí tenía era que era muy buena persona y también era muy inocente; cualquier amigo lo engañaba. Él era de los antiguos, que no se atrevía ni a tocar una escoba, porque en aquellos tiempos si un hombre hacia algún trabajo que solían hacer las mujeres, le decían que era un marica. Esa palabra había provocado unas peleas muy serias entre los hombres. Estos hechos ocurrían en el año 1932, en plena República. No era como ahora, que la mayoría de los hombres ayudamos en casa. Lo mismo hacemos la cama, que barremos o le cambiamos los pañales a un recién nacido; no tiene ninguna importancia, al contrario, yo creo que los hombres tenemos que tomar parte en los trabajos de nuestros hogares.

Retomando el tema de mi trabajo, mi madre y mi padre se discutieron, yo me quedé sin trabajo, y una boca más para alimentar. Pero yo no estaba tranquilo y, después de pasar

tanto tiempo fuera de casa, en aquellos momentos me sentía como si fuera un forastero, en aquella casa que también era la mía, pero había perdido el ambiente familiar, y con el disgusto que estábamos pasando me sentía como si yo fuera un estorbo. Enseguida me di cuenta de que tenía que hacer algo, para contribuir con alguna ayuda. Yo tenía un primo, que se llamaba Manolo, que venía a tener la misma edad que yo (estábamos a punto de cumplir los catorce años), y le dije: “¿Quieres que vayamos a ver si encontramos trabajo?”. Me dijo que sí, y aquella misma mañana nos marchamos hacia la Sagrera, a buscar trabajo. Preguntábamos en todos los establecimientos que nos venían al paso: panaderías, carbonerías, bares, etc. Entrábamos y decíamos: “¿Les hace falta algún dependiente?”. En algún establecimiento nos atendían, pero cuando nos preguntaban la edad que teníamos, nos decían que no, que teníamos que tener catorce años. Estuvimos dando vueltas, sin conseguir nada. Cuando nos marchábamos hacia casa, bajando por la calle de Ribas, vimos a un grupo de muchachos delante de los depósitos de la RENFE que hay antes de llegar al puente del Trabajo. Preguntamos qué es lo que hacían en aquel lugar, y ellos nos explicaron de qué se trataba y a nosotros, después de escucharlos, nos pareció que era un sistema muy bueno porque, de esta manera, también ayudabas un poco en casa, porque el carbón también valía dinero y si no lo tenías, no podías cocinar. Después de escuchar a estos muchachos, nos marchamos y mientras caminábamos seguíamos hablando de que nosotros también podíamos hacer lo que estaban haciendo esos muchachos, y cuando llegué a mi casa, cogí un saco que tenía que era muy grande, le corté un pedazo y me hice una bolsa. Le puse una cuerda para colgármela al hombro, como la de aquellos muchachos, y al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, mi primo y yo nos presentamos en aquel lugar, y fuimos los primeros. Pero a aquellos muchachos no les cayó muy bien que, siendo la primera vez que íbamos, fuéramos los primeros. Entonces yo, viendo que no estaban muy conformes, y como no me interesaba discutirme, les dije: “Tenéis razón. Además, nos interesa saber cómo funciona esto; por lo tanto, nos quedamos los últimos”. Y así sí les caímos bien.

Ahora os daré los detalles de cómo funcionaba. En esta estación llegaban los trenes que traían el carbón que suministraba a todas las carbonerías de Barcelona. Esperábamos que salieran los carros, cargados con las sarrias de carbón y, cuando salían con las sarrias cargadas hasta los topes, entonces, entre nosotros, establecíamos unos turnos. Cuando veíamos que salía el carro cargado, el primero ya se preparaba, para seguirlo; todos llevábamos una bolsa de costado. Entonces te marchabas siguiendo el carro y, como por aquellos tiempos la mayoría de las calles de los barrios de Barcelona eran de tierra y estaban llenas de baches, cuando el carro pasaba por un bache un poco hondo, se tambaleaba para un lado y para el otro y entonces es cuando empezaba a caer el carbón. Nosotros rápidamente lo recogíamos del suelo y lo depositábamos en la bolsa que llevábamos. Algunas veces nos costaba mucho conseguir el carbón, porque cuando salía el carro de la estación y lo perseguías no sabías a qué lugar de Barcelona ni a qué carbonería se dirigía. Había algunos días que salían de la estación de la Sagrera y descargaban en una carbonería de la Barceloneta, en Gracia o en Sants. Si tú comprendías que valía la pena seguir al carro porque veías que, de vez en cuando, le caía o podía caerle algún trozo de carbón, lo seguías. Algunas veces llegaba caminando detrás del carro hasta llegar a Gracia, que era donde descargaba el carbón. Entonces yo tenía que volver caminando hasta llegar a mi casa, pero si había conseguido llenar la bolsa de carbón, no me sabía mal el haber caminado tanto. Además, no tenía otra cosa que hacer. Yo aquello lo consideraba como si fuera mi trabajo, porque también le sacábamos algún dinero. Si llenaba la bolsa cada día, eran dos kilos y medio de carbón

diarios. Hubo algún momento en que en mi casa tenía recogidos hasta doce quilos de carbón, y digo que le sacábamos algún dinero porque algunas vecinas venían a mi casa y le decían a mi madre: “Leonor, véndeme un poco de carbón”. Si les vendía un kilo o dos y les cobraba veinticinco o treinta céntimos, con aquel dinero mi madre ya podía comprar dos o tres huevos y un kilo de patatas, y solucionaba la comida de un día.

Yo seguía yendo cada mañana a la estación para seguir con mi trabajo. Un día salió un carro con un carretero al que le llamábamos el Rubio, que era muy buena persona, y me tocó a mí. Con aquel carretero ya tenías seguro que llenabas la bolsa sin tener que caminar mucho, porque iba subido en el carro y, con el pie o con la vara del látigo, empujaba el carbón para que cayera al suelo. Cuando me preparaba para seguirle, mi primo me preguntó si le dejaba venir conmigo. Le dije que sí, pero que primero tenía que llenar yo la bolsa, y luego él. Y sí, se vino conmigo. Cuando llegamos a la calle de Nápoles ya teníamos los dos las bolsas llenas. Regresamos por la calle de Caspe y, mientras caminábamos, pasamos por delante de un local, que tenía las puertas abiertas, porque estaban descargando un carro. Nos quedamos mirando hacia dentro, y salió un señor y nos dijo: “¿Qué miráis?”. Yo le dije: “Es que buscamos trabajo”. Nos hizo pasar hacia dentro, él se sentó en una silla y empezó a hacernos preguntas. Se veía un señor muy amable. Nos preguntó los años que teníamos, y yo le dije que me faltaban unos días para cumplir los catorce años; mi primo era más joven. Después de hacernos muchas preguntas se dirigió a mí y me dijo: “Tú que eres mayor y que te faltan unos días para cumplir los catorce años ya puedes venir, y probaremos a ver qué tal te portas en el trabajo”. Mi primo se quedó un poco pensativo y se le saltaron las lágrimas. Entonces aquel señor se dio cuenta de que mi primo estaba pasando un mal rato, porque yo me quedaba y él no. Le puso la mano en la cabeza, como acariciándole, y le dijo: “Cuando tú cumplas los catorce años, vienes a verme y también te daré trabajo”. Entonces se puso la mano en bolsillo y sacó un duro, que eran cinco pesetas en plata, y se lo dio. Él se puso muy contento, porque en aquellos tiempos un duro representaba mucho dinero, y ya se quedó más tranquilo.

Estos comentarios que termino de hacer sobre mi trabajo sucedían en el año 1934 y el lugar de trabajo se encontraba en la calle de Caspe, número 99, y la industria se llamaba Cafés Fournier. También tenían la marca de Café Camello y, en la calle de Vilanova, en la esquina del Paseo de San Juan, tenía una tienda que nada más despachaba café y se llamaba Cafés Roma. Otra tienda la tenían en la calle de Padilla, entrando por la plaza Palacio, a mano izquierda. Este señor era de una familia que tenía muchísimos millones, y tenía un hermano que llevaba el negocio del agua Fontier, de La Garriga, cuyo manantial era de su propiedad. El nombre de este señor era José María Fournier y el negocio del café lo llevaban él y su hermano, que se llamaba Alberto Fournier. Ahora retomo de nuevo para explicar cómo empecé mi trabajo en aquel lugar. El primer día, cuando me presenté por la mañana, todavía no había venido el dueño, porque él siempre llegaba a las nueve de la mañana. Entonces, mientras no venía, me entretuve hablando con los trabajadores. Nos presentamos; eran tres hombres y tres mujeres. Al momento llegó el dueño y me dijo: “¡Hombre, ya no me acodaba de ti!”. Se subió hacia el despacho para cambiarse de ropa y, cuando bajó, me llamó y me dijo: “Mira, tu trabajo será el siguiente”. Me señaló con la mano y en el suelo había varias cagadas de perros, y era porque tenían dos, perro y perra. Recuerdo que al perro le llamaba Macià, como el presidente de la República, porque este señor era muy de derechas, y a la perra le llamaba Bel. Siguiendo con mi trabajo, me dijo que cada mañana tenía que barrer toda la nave y tenía que dejarla muy limpia. También tenía que estar al tanto cuando sonara

el timbre de la puerta de la calle, para recoger el correo y recibir a las visitas e indicarles dónde estaba el despacho para ser recibidos. Pero a mí me sobraba tiempo y me aburría, entonces me iba a una nave que había al lado mismo, que era donde tostaban el café, y me ponía a ayudarles. Pero me vio el dueño que estaba echándoles una mano en el trabajo y, delante de todos, me echó una bronca y me dijo que yo no tenía que hacer aquel trabajo, que era muy joven y podía lesionarme. “Tu trabajo ya te dicho cuál es, y no quiero que hagas otro”. Seguidamente me dio una peseta y me dijo: “Toma, ves y tráete dos Cola-caos”. Me indicó el lugar dónde tenía que ir a buscarlos, en el paseo de San Juan, bajando a mano izquierda, en una lechería que era muy moderna y tenía algunas mesas. Por las tardes iban muchas personas a merendar y tenían por costumbre tomar chocolate deshecho con melindros. Por aquellos tiempos, las personas que tomaban el chocolate eran personas que se distinguían y se les notaba que tenían dinero, y acudían cada tarde para hacer sus tertulias, sobre todo las señoras, con sus pieles para demostrar quién era más rica.

Cuando llegué con los Cola-caos, cogió uno y el otro me dijo que me lo tomara yo. Así, cada día, cuando él llegaba, por las mañanas, tenía que ir a buscar el Cola-cao; uno para él y otro para mí. Algunas veces me mandaba a su casa para que les llevara carbón, del mismo que gastábamos para encender el fuego para tostar el café. Él vivía en la Gran Vía, esquina con la calle de Nápoles, muy cerca de allí. Pasaron unos meses y este señor siempre me hacía preguntas sobre mi familia, y yo le decía la verdad: que éramos muy pobres, que mi padre estaba muy enfermo, que tenía una llaga en el estómago de cuando estuvo trabajando de fundidor, y que no podía caminar muy bien de una caída que tuvo, y que mi madre se ganaba la vida lavando ropa. Aquel día también le expliqué que tenía una hermana, tres años mayor que yo, pero que siempre había vivido en casa de una tía mía. Entonces me preguntó si yo había hecho la comunión. Le dije que no, porque no disponíamos de medios. Después de escucharme, se marchó sin decir nada. Al día siguiente me tocaba llevar carbón a su casa, y me recibió la criada, como siempre. Al momento, salió la señora, a quien yo todavía no conocía, y llevaba un paquete en la mano. Me preguntó: “¿Tú eres el muchacho que trabaja en el tostadero?”. Yo le dije: “Sí, señora”. Entonces me dijo: “Toma”, y me dio dos pares de zapatos y varios calcetines, pero todos casi nuevos. Aquellos fueron los primeros zapatos que yo me puse en mi vida; los veía tan brillantes y tan limpios que me parecía que la gente se iba fijando en mí. Me sentía un poco más alegre, porque en aquellos tiempos todos los obreros llevábamos alpargatas, y yo la mayoría de veces las llevaba rotas y enseñado los dedos de los pies. Aquel señor empezó a interesarse por mí. Un día me vio que llevaba el cabello un poco largo y me dio dinero y me dijo que fuera a la peluquería, a que me cortaran el pelo, y me mandó a la peluquería donde acostumbraba a ir él, que precisamente estaba en el paseo de San Juan, un poquito más abajo de la lechería donde compraba los Cola-caos.

Pasaron unos seis meses y un día me preguntó cómo se llamaba mi padre; su nombre y apellidos y la edad que tenía. Me preguntó si a mi padre le gustaría operarse del estómago. Yo le dije que sí, que si no se había operado antes es porque no disponíamos de dinero. Pasaron unos días y me llamó y me dijo: “Mira, toma estos papeles; dáselos a tu padre y dile que este día se presente en la Cruz Roja, que lo atenderán de parte mía”. Cuando llegué a mi casa y le entregué los papeles a mi padre, no podía creérselo; se puso muy contento y dijo: “¡Vaya persona buena!”. Llegó la fecha en que tenía que presentarse en la Cruz Roja y sí, lo recibieron muy bien. Lo fueron preparando para poderlo operar y, cuando ya estaba apunto, lo operaron. Una tarde, mientras estaba en la

cama convaleciente, se presentó el señor Fournier. A mi padre, cuando se lo presenté, se puso muy nervioso e intentó levantarse para darle las gracias. Entonces este señor le puso la mano delante y le dijo: “¿Qué hace usted? No ve que no puede levantarse...”. Mi padre le cogió la mano y no paraba de darle las gracias. Se quedó muy bien de la operación; ya no sentía los dolores que tanto le molestaban. Este detalle que tuvo este señor, sin conocer a mi padre, siempre se me quedó en la memoria.

Pasó más de un año y yo seguía trabajando en aquel lugar. Durante ese tiempo, este señor me cogió tanta confianza que me trataba como si fuera un hijo suyo. Mi familia no tenía que preocuparse de mí para comprarme ropa, ni calzado, ni ir al barbero; yo siempre iba bien calzado. Cuando se me estropeaban unos zapatos, me daba catorce pesetas y me decía: “Ves a la zapatería Segarra”, que estaba en la Vía Layetana, y me compraba unos zapatos que habían salido de moda y solamente los encontrabas en aquella zapatería. Tenían las suelas de goma y les llamaban tractores, porque eran muy fuertes y duraban mucho, y solamente valían catorce pesetas.

Una tarde sí que me dio un disgusto muy grande. Recuerdo que fue el día 23 de junio de 1935, por la tarde; era sábado, la verbena de San Juan, y los sábados por la mañana siempre se hacían los repartos de los pedidos de café que nos hacían las tiendas de comestibles. Pero aquel sábado no dio tiempo a terminar el reparto, porque cerraban a las dos de la tarde. Quedaron tres establecimientos por servir. Cuando llegó la hora, al mediodía, en que ya marchábamos del trabajo porque por la tarde era fiesta, me llamó el dueño y me dijo: “Gabriel, esta tarde tendrías que venir, que iremos con mi coche y entregaremos los tres pedidos que han quedado por entregar”. En aquel momento es cuando, repito, me dio el disgusto, porque se trataba de la verbena de San Juan, y me hacía mucha ilusión que llegara ese día, porque después de estar un mes recogiendo leña con los amigos del barrio, ese día teníamos que colocar la leña en medio de la calle para quemarla por la noche. Aún así, yo pensé que eran nada más que tres clientes y terminaríamos pronto, y todavía me daría tiempo a tomar parte de la construcción del fuego.

Cuando terminé de comer, enseguida me marché para el trabajo. Yo llegué hacia las cuatro, y a las cuatro y media llegó el dueño. Cargamos los paquetes en el coche y nos marchamos por la Sagrada Familia hasta llegar a la calle Industria, que era donde estaban los dos clientes. Después de entregar los dos pedidos, nos marchamos hasta llegar a la calle Padilla, que era donde teníamos una tienda que era nuestra. Entró el dueño conmigo y estuvieron hablando un momento. Yo ya me ponía nervioso, porque veía que se entretenía y tenía ganas de marcharme. Salimos de allí y al lado mismo había una sastrería, y me dijo: “Ven”. Entramos en la sastrería y se dirigió a un señor, que era el sastre, y le dijo: “Tómele las medidas a este muchacho para hacerle un traje”. Me tomó las medidas y le preguntó el sastre qué clase de tela quería. “Que sea fuerte”. Entonces le sacó un tela que era de pana, de aquella rallada que llevaban las personas mayores, y dijo: “Sí, ésta”. A mí no me gustaba, pero tuve que aceptarla. A continuación le dijo: “A ver, una ropa que sirva para el trabajo”. Entonces le enseñó una tela azul y le dijo: “De ésta le hace dos pescadoras y dos pantalones largos”. Y el sastre me miró a mí y me preguntó: “¿Cómo quieres los pantalones de abajo: anchos o estrechos?”. Entonces estaba la moda de llevarlos muy anchos, tapando el zapato, y le dije: “Anchos”. Me indicó el día en que tenía que ir a probar y nos marchamos. En aquel momento yo ya pensaba: “Ahora me dejara en la parada del tranvía y podré marcharme a mi casa”, pero no fue así, porque nos fuimos al paseo de San Juan, donde

él tenía la barbería a la que acostumbraba a ir a cortarse el pelo. Cuando terminó con él, le dijo al barbero: “Córtele el pelo a este muchacho al cero, que ahora viene el verano y, así, irá mas fresco”. En aquel momento hubiera cogido la navaja de afeitar y le hubiera cortado una oreja; ya se me puso una mala leche, que él me notaba, pero pasaba una cosa: que él cuando disfrutaba era cuando me hacía enfadar. Él se daba cuenta de que yo tenía mucho interés en marcharme. Salimos de la barbería y nos dirigimos con el coche hacia la Gran Vía, en dirección a la plaza Universidad. En aquel momento yo ya pensé que no tomaría parte en la construcción del fuego de San Juan.

Seguía muy callado, pero con las miradas que yo le dirigía de vez en cuando, él ya se daba cuenta del malestar que yo tenía dentro de mí. Llegamos a la Plaza Universidad y aparcó el coche; nos bajamos y, en la misma plaza, había un bar que era muy famoso, de mucho lujo, que se llamaba Brasil. Entramos dentro; tenía un mostrador muy largo y, encima, tenía toda clase de bocadillos. Él cogió un bocadillo que se componía de pan moreno, mojado con tomate y aceite, y jamón. A mí, de verlo, se me iban los ojos detrás, de lo bueno que tenía que estar, y me dijo: “Coge uno”. Yo, con la cabeza agachada, sin mirarlo a la cara, le dije que no tenía gana. Él me contestó: “Bueno, peor para ti”. La verdad es que, mientras se lo comía, yo miraba de reojo y me daban ganas de coger uno, pero a mí lo que me interesaba es que se lo comiera pronto y me dejara marchar. Mientras estaba terminándose de comer, se presentó un señor y lo saludó con mucha alegría. Le dijo: “¡Hola, Miró! ¿Cómo te va?”. Empezaron hablar, y yo ya pensé que me diría que podía marcharme, pero continuaron hablando y oí que le dijo uno al otro: “¿Quieres que vayamos al tiro al pichón un rato?”. Dijeron que sí, y yo pensé: “Ahora sí que me marchó”. Pero nos fuimos para el coche, nos subimos y yo seguía con ellos, y pensé: “Ahora sí que me puedo despedir de pasar la tarde con mis amigos”. Nos marchamos por la Gran Vía, llegamos a la calle Urgel o Rocafort, no lo recuerdo muy bien, y, nada más volver a la derecha, estaba la casa de este señor. Entramos dentro para recoger las dos escopetas que tenían que utilizar para el tiro al pichón y, antes de marcharnos, nos enseñó una sala muy grande, donde tenía varios caballetes de los que se emplean para pintar, y una mesa muy larga, toda manchada de pintura de varios colores, con muchas brochas, y unos cuadros que nos enseñó, pintados por él. Este señor, después de pasar varios años, yo lo he visto por la televisión y siempre pensé que era el señor Miró, que yo conocí aquella tarde en el café Brasil, y que fue unos de los pintores más famosos de España.

Nos marchamos y nos subimos al coche de nuevo, hasta llegar a la carretera de la Arrabassada, llegando al Tibidabo, donde estaba el tiro al pichón. Entramos dentro y allí los recibieron con mucha atención dos hombres; les cogieron las escopetas, las sacaron de las fundas y se las prepararon para empezar a tirar. Les preguntaron que si querían tirar al plato o al pichón, y dijeron: “Empezaremos con el plato”, y sí, empezaron a lanzarles platos y ellos disparaban. No fallaban ni uno, siempre hacían blanco. Mientras, yo estaba sentado, mirando cómo tiraban. Ya estaba un poco más tranquilo, porque me hacía la cuenta de que había perdido la tarde, y no tenía más remedio que aguantar hasta el final. Cuando se cansaron de tirar al plato, pidieron que les lanzaran pichones, y tampoco fallaban ni un disparo. Entre los dos matarían unos cuarenta pichones. Ya empezaba hacerse tarde y pensaron que teníamos que marcharnos, pero antes de marcharnos se dirigió a mí el señor Fournier y me dijo: “Ves a coger pichones”. Los que habían matado estaban amontonados. Yo me acerqué y cogí dos, y él me cogió de la muñeca, me llevó donde estaban los pichones, y me puso cinco en cada mano. Salimos hacia fuera, subimos al coche y nos marchamos. Mientras, yo me fijaba, a través de la

ventanilla, que todas las calles por las que pasábamos ya tenían los fuegos preparados. Me acompañó con el coche a la puerta de mi casa. Cuando entré, me vio mi madre y me dijo: “¿De dónde vienes, con la cabeza pelada y con tantos palomos muertos? ¿Qué es lo que te ha pasado?”. Se lo expliqué todo, y no le hizo mucha gracia pero, para conformarme, me dio besos y me dijo: “¡Si estás muy guapo!”. Cuando salí a la calle todos los chavales me cantaban: “Perico pelao, que te han bautizao, con agua y meaos”. A más de uno tuve que pegarle una patada en el culo para que se callara, pero yo ya estaba contento, porque me encontraba entre los amigos y se estaba acercando la hora de encender el fuego. Nos tirábamos petardos y salíamos corriendo.

Aprovecho ahora que nombro la noche de San Juan para hacer un poco de historia de cómo se celebraba esa noche. En todas las calles de Barcelona, se montaban unos montones de leña y se preparaban para la noche del fuego. Los vecinos de cada calle se unían dos o tres días antes, se ponían de acuerdo, algunos colocaban papelillos delante de su puerta, y entre todos alquilaban un piano, de aquellos de manubrio, para pasar la noche bailando. Las señoras preparaban las cocas, para llevarlas a la panadería a que se las cocieran, y entre ellas siempre miraban a ver quién la hacía mejor y más bonita. No se acostumbraba a comprar la coca en la panadería, como ahora. Antes, lo mejor de la fiesta era que tú te lo preparabas todo. Lo más típico era una buena mejillonada, y la coca. Todos los vecinos se preparaban los mejillones, para cuando llegara la hora de comerlos. Sacábamos las mesas y las sillas a la puerta, empezaba a tocar el piano, la gente empezaba a bailar y a saltar, y cada uno sacaba a la mesa lo que tenía para comer. Si a mí me gustaba lo que tenía el vecino, iba a su mesa y lo cogía, o él venía a la mía y hacía lo mismo que yo. Lo que no bebíamos era champán, como ahora, ya que no se conocía mucho. Bebíamos vino con gaseosa o algún Didon, que era como la Coca Cola de ahora, pero lo mejor de aquella fiesta era que todas las familias aquella noche estaban reunidas. Cuando empezaba a amanecer, se reunían los jóvenes y se marchaban a la playa, para ver salir el sol. Todavía queda algo de aquello, pero ya no es igual. Desde que salió la televisión y empezaron a fabricar coches en España, y salieron las discotecas, empezó a perderse toda aquella amistad que existía entre los vecinos de los barrios. Le echo la culpa a la televisión porque, a veces, cuando estabas tomando el fresco en la puerta de tu casa y tenías alguna conversación con algún vecino, cuando menos te lo esperabas te decía: “Me voy para dentro, que dan tal programa”, y te dejaba con la palabra en la boca. Llegó el momento en que todo el mundo teníamos televisión y ya no salíamos a tomar el fresco a la puerta; seguidamente llegó la época de los coches; entonces la gente se hizo más independiente, empezaron a comprarse coches y ya casi no nos veíamos en toda la semana, porque todos esperábamos que llegara el sábado al mediodía para marcharnos con el coche a la montaña o a la playa. También la juventud, que acostumbraba a pasar las verbenas con la familia, empezó a marcharse a las discotecas, y así se perdió aquella ilusión que nos hacía la verbena de san Juan y algunas fiestas más que también se han perdido. Las personas ahora no piensan como pensábamos nosotros, que estábamos esperando que un vecino nos pidiera un favor para hacérselo. Ahora es al revés; los vecinos, si pueden pasar sin saludarte, pasan de largo. Pongo un ejemplo: hay muchos bloques de pisos en que los vecinos que viven en el mismo rellano casi no se conocen, y hacen lo posible por no tener amistad.

Después de esta poquita historia, sigo con el tema de mi trabajo. Se pasó la fiesta y al día siguiente me presenté en el trabajo, como si no hubiera pasado nada. Seguía con mi faena y un día me llamó el hermano del dueño, que se llamaba Alberto, y que ya dije que entre los dos llevaban el negocio. Era mucho de misa y me preguntó: “¿Tú ya

hiciste la comunión?”. Le dije que no y me contestó: “¿Por qué no las hecho?” y, por decirle algo, le dije: “Es que en mi casa no disponemos de dinero”. Entonces me dijo: “Si es por eso, no te preocupes, que yo corro con los gastos”. En aquel momento me supo muy mal, porque yo ya tenía quince años, y no me hacía mucha gracia lo de las comuniones. Entonces, cuando llegué a mi casa, le conté a mi madre lo que pasaba, y le dije que prefería perder el trabajo antes que hacer la comunión a esa edad, tan mayor. A mí me daba vergüenza estar entre todos los niños pequeños ese día. Mi madre me dijo: “¡No seas así, hombre! Se trata de un día solamente y, si te niegas, a lo mejor te despiden del trabajo”. Después de pensarlo, me di cuenta de que mi madre tenía razón, que me despedirían, y no me tocó otro remedio que hacer la comunión. Este señor se cuidó de mandarme al sastre para que me hiciera el traje, y de comprarme todo lo que necesité. Llegó el día de la comunión, y la hice en la iglesia de San Pedro Clavel, que estaba en el Clot. Esa mañana, mientras duró la misa, lo pasé muy mal, entremedio de todos los niños, porque la gente me miraba y decía: “¡Si parece un novio, tan alto!”. Cuando terminó la misa, salimos a la calle y en la puerta estaba aquel señor, que me dio la mano y me dijo: “Te felicito”; le dio cien pesetas a mi madre: “Tome, señora, para que hoy haga una comida y celebren este acontecimiento, que es muy importante en la vida de todos”, y se marchó. Entonces mi madre me dijo: “Ahora podemos ir a la casa de tu tía, para que vea lo guapo que estás”. Y yo le contesté a mi madre: “Ahora mismo me marché para la casa, y me quito esta ropa, que bastante he hecho el payaso toda la mañana”. Ella insistió en quererme llevar a visitar a la familia. Yo di media vuelta y me marché solo, y se terminó la comunión. Al día siguiente, me presenté en la fábrica como si no hubiera pasado nada, pero cuando hacía un rato que estaba trabajando, se acercó este señor y me preguntó que cómo habíamos pasado el día. Yo le dije que muy bien; entonces me dio un libro y me dijo: “Estúdialo bien, que se trata de la vida de todos los santos”. Cuando yo me enteré del precio de aquel libro, pensé que más hubiera valido que me hubiera dado el dinero, que le hubiera sacado más provecho. Él se quedó muy contento, y yo, tranquilo, porque ya se había pasado todo y había salido bastante bien.

A los pocos días me enteré de que el señor Fournier se marchaba unos quince días al extranjero, para un asunto sobre la empresa. Entonces, aproveché esos días que él no estaba para acercarme a la nave donde se dedicaban a tostar el café, y me gustaba ayudarles en el trabajo. Pero aquellos quince días fueron mi ruina; explicaré lo que me pasó. Yo seguía ayudándoles y, al mismo tiempo, tenía algunas conversaciones con ellos, pero hubo un señor, llamado José Demetrio Almonacid, que era un sindicalista y pertenecía a la CNT. Empezó a hablarme de política; me decía que la patronal explotaba a los obreros y que teníamos que terminar con ellos, que solamente nos querían para chuparnos la sangre y poder vivir a costa nuestra, y varias cosas más sobre la patronal. Me preguntó si yo pertenecía a algún sindicato. Le dije que no, y me dijo: “Pues tendrías que apuntarte al sindicato, porque si tienes algún conflicto con la patronal, el sindicato te lo solucionará”. Aquellos consejos me dieron un poco que pensar, porque no era mi caso, ya que el patrono que yo tenía, que era el primero que tuve, se portaba muy bien conmigo y con los demás trabajadores de la empresa. Era un señor que, cuando llegaban las Navidades, en aquellos tiempos ya nos daba la paga doble, que entonces no la daba ninguna empresa, y cada mes nos tenía dicho que podíamos prepararnos un kilo de café para nuestro gasto. O sea que, para mí, era un patrono que se portaba bastante bien, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que aquel señor que me daba los consejos tenía mucha razón, porque yo oía por la calle conversaciones de familiares míos, y manifestaciones y huelgas en protesta porque los sueldos de los obreros eran muy bajos, y la patronal cada vez conseguía mas beneficios. Era imposible

vivir con aquel jornal de miseria. Entonces salía la Guardia Civil y empezaba a pegar leña y a llevarse algunas personas detenidas, que luego eran apaleadas o ingresaban en la Modelo, y a algún obrero que estaba fichado le ponían la ley de fugas y lo mataban en el camino, antes de llegar a la cárcel, y decían que había querido escaparse. Todo aquello, aunque yo era muy joven, me abrió mucho los ojos y ya empecé a interesarme por la política. Entonces fue cuando le dije a aquel señor que me apuntara en el sindicato de la CNT y sí, lo hizo. A los pocos días ya me trajo el carné, pero yo nunca pensé el disgusto que me iba a traer aquel carné.

Una tarde, me estaba cambiando de ropa para marcharme, porque había terminado la jornada. El armario donde nos cambiábamos estaba en un pasillo que comunicaba una nave con la otra y, al bajarme el mono para quitármelo, tuve la desgracia de llevar el carné del sindicato en el bolsillo y de que se me cayera al suelo. En aquel mismo momento, pasó por allí el señor Fournier, y se agachó. Como siempre le gustaba gastarme bromas, lo cogió antes que yo, y la sorpresa fue cuando se dio cuenta de que aquel carné pertenecía al sindicato de la CNT. Se quedó mirándome fijamente, se puso colorado como un tomate y me dijo: “Toma y vete, que yo no quiero gente de ésta en mi casa”. Y gritando, me dijo: “¡Fuera!”. Pero, aquella misma tarde, el señor que me había apuntado en el sindicato vino a mi casa y, como él ya sabía lo que me había pasado, porque después de marcharme yo se hicieron muchos comentarios de lo que me había ocurrido, me dijo: “Tú, mañana por la tarde, vas a ir donde yo te diga, y darás la explicación de lo que te ha pasado, que ellos ya te lo solucionarán. Ahora mismo no puedo darte la dirección donde puedes ir, porque no tienen un lugar fijo -porque en aquellos tiempos la CNT estaba muy perseguida-, pero hoy mismo me enteraré dónde paran y tú, mañana por la mañana, vienes al mediodía delante de la puerta de la Monumental, y te diré dónde los puedes encontrar”.

Y sí, al día siguiente fui donde quedamos y me dio la dirección, que todavía recuerdo. Estaban en la calle Ancha, en un segundo piso que hacía esquina con la plaza Medinaceli. Subí hacia arriba y, cuando entré, vi que la casa estaba vacía de muebles, y que tenía cuatro o cinco habitaciones, y en cada habitación había una mesa pequeñita, con una silla. En una puerta tenían un cartelito donde se leía: “Alimentación”; en otra puerta, “Construcción”; o sea, en cada habitación te informaban según al ramo al que pertenecías. Yo me dirigí a alimentación, pero mientras esperaba, porque estaban atendiendo a un señor, me fijé que en la habitación que estaba frente a mí, vi que el que estaba atendiendo aquel departamento, que era el de construcción, era un tío mío, que era un sindicalista muy importante dentro del sindicato; se llamaba José Porras y tenía mucha amistad con Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso. Me dirigí donde estaba mi tío y, cuando me vio, me dijo: “¿Qué haces tú aquí?”. Le expliqué un poco por encima y me dijo: “Espérate un momento, que cuando terminemos lo aclararemos”. Estuve esperando a que terminaran y, en el rato que yo esperé, vi que entraban muchos hombres y pagaban una cantidad; les ponía un sello y se marchaban. También entró alguna mujer. Cuando terminaron, mi tío se dirigió al representante mío, que era el de alimentación, y le dijo: “Vente conmigo, que tenemos que aclarar un asunto”. Seguidamente cerraron la puerta del piso, bajamos las escaleras y, cuando estuvimos en la calle, mi tío me dijo: “Ahora tenemos que ir a pie, porque nosotros no subimos al tranvía porque llevamos esto”. Se levantó un poco la americana, y me enseñó una pistola que llevaban cada uno. En aquel momento, cuando vi aquello, me entraron hasta temblores. Nos marchamos caminando; yo iba en medio de los dos, que me preguntaron qué era lo que había pasado. Yo les informé, y mi tío me dijo: “Ahora, cuando

lleguemos, hablaremos con el dueño. Si te ofrece dinero, dile que quieres quinientas pesetas”, que en aquellos tiempos era bastante dinero.

Llegamos a la fábrica y toqué el timbre. Un trabajador me abrió la ventanilla, lo saludé y le dije: “Dile al señor Fournier si puede salir un momento”. Entonces vino y se asomó por la ventanilla. Cuando nos vio a los tres, se puso muy colorado y preguntó qué era lo que queríamos. Mi tío le dijo: “Venimos a aclarar qué es lo que ha pasado con este muchacho”, y él contestó: “Mire, no vamos a andar con rodeos y pérdida de tiempo. Dígame lo que tengo que darle”. Y mi tío me dijo: “Dile la cantidad que quieres”. Entonces yo le pedí la cantidad que ya me había indicado mi tío, quinientas pesetas, y él contestó: “Quinientas pesetas, ni pensarlo” y, al mismo tiempo, cerró la ventanilla. Pero antes de cerrarla del todo, la volvió a abrir rápidamente y dijo: “Espérate, que lo voy a consultar con mi hermano”. Estuvimos esperando un momento y abrió la ventanilla de nuevo y me dijo: “Si quieres cuatrocientas pesetas, te las doy ahora mismo”. Mi tío me dijo: “Cógelas”. Él ya las llevaba en el bolsillo, así que me las dio y me dio un papel para que lo firmara, conforme me entregaba aquel dinero y quedaba despedido. Nos marchamos.

Todo esto ocurrió en el año 1936, por los meses de febrero o marzo, no lo recuerdo muy bien. Lo que sí recuerdo es que, al poco tiempo, llegó el 19 de julio, que fue cuando estalló la Revolución. Desde el primer momento, me puse al lado del gobierno de la República, y también colaboré en defensa de nuestros derechos. Cuando había pasado un mes, que la Revolución ya la teníamos ganada los obreros, y se estaba normalizando un poco la cosa, se presentó un día en mi casa, vestido de miliciano, con el gorro de la CNT, aquel señor que se llamaba José Demetrio Almonacid, que fue el que me apuntó al sindicato de la CNT. Vino conduciendo un coche que, en los laterales, en letras muy grandes, ponía CNT y FAI, y encima del coche llevaba colocado un colchón de lana. Entonces me dijo que por qué no me había presentado al trabajo. Yo le conté que no podía presentarme, porque me habían despedido e indemnizado. Y él me contestó: “¿Tú no te has dado cuenta de que las fábricas ahora ya son del pueblo? Son nuestras, ya no mandan los burgueses”. Yo le escuchaba, pero no me creía que aquel cambio fuera así, tan sencillo; y pasaron unos días, y yo seguía sin presentarme, porque me daba vergüenza de lo que me podía decir el dueño, después de haberme dado el dinero del despido. Entonces se presentó por segunda vez en mi casa este señor, y me volvió a insistir en que me presentara, que no me iba a pasar nada, que él iba a estar allí. Entonces le dije: “Bueno, mañana por la mañana me presentaré”, pero yo todavía lo veía un poco raro, aquel cambio, y no me atrevía a presentarme solo. Fui a casa de un amigo con quien tenía mucha confianza, le expliqué mi caso y le dije si querría venir conmigo, porque así, acompañado, me sentía con más valor para presentarme. Al día siguiente nos marchamos caminando. Cuando estuvimos cerca de la fábrica, vi en la puerta a un señor con una gorra en la cabeza y un guardapolvo largo, y con el diario de la CNT, que era la Solidaridad Obrera, en el bolsillo. Era el señor Fournier. En aquel mismo momento me di cuenta de lo que representaba la lucha que estábamos llevando a cabo en aquellos momentos todos los obreros. Cuando me presenté delante del señor Fournier, le noté que se puso un poco alegre al verme, aunque en su interior me maldeciría los huesos. Yo, todavía con un poco de humildad, le dije: “Mire, señor Fournier, tengo que venir a trabajar porque el sindicato me obliga a que venga”, y él me contestó: “Sí, hombre, ¡no faltaba más! Mira, desde este momento ya te corre el sueldo, pero espera unos días, a que esté todo más tranquilo”. Pasaron cuatro días y, como era lunes, entonces pensé: “Iré hoy y así empezaré la semana”. Me presenté de nuevo en mi antiguo trabajo y fui

muy bien recibido por todos los trabajadores, que eran los mismos que dejé cuando mi despido.

Estas memorias que acabo de relatar ocurrieron entre los años 1919 y 1936. En plena Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República Española, de 1931, que fue cuando la derecha de siempre, que es la misma de ahora, nos declaró la guerra, en 1936. La guerra que tantas vidas costó y que dejó en mi memoria muy malos recuerdos. Ahora, en el 2007, siempre vengo diciendo que la historia se repite, porque las luchas de partidos, con tantas manifestaciones y protestas, son el espejo del pasado, un pasado que costó un millón de muertos y miles de mutilados y, todo esto, entre hermanos. Por eso es necesario que recordemos que esto no se puede repetir, y no podemos caer de nuevo en el mismo pozo que caímos hundidos. Siempre fueron los mismos y siguen siendo los que nos quieren lanzar de nuevo. Es un partido que lo único que desea es ganar las elecciones para que volvamos a la España del señorito y los terratenientes, y cerramos la boca para siempre: la derecha española.

Yo no soy ningún historiador, yo no explico lo que me dijeron, yo cuento lo que vi con mis ojos y toqué con mis manos, y del color que era cada cosa. Por eso os digo que no perdamos la oportunidad, porque en este país nunca se ha vivido mejor que ahora. A pesar de que existen muchos inconvenientes que tienen que solucionarse, y que espero que se solucionen pronto, no nos podemos dejar llevar por los de siempre, que sólo quieren que se repita la historia, para ellos poder vivir mejor.

Tengo 87 años y he vivido dos dictaduras, nuestra guerra y la segunda guerra europea. Ahora estoy viviendo todas las guerras que se están formando en el mundo entero, y también quiero decir que los tiros y los bombardeos lejos de nuestras casas todavía los podemos soportar, pero yo que los he vivido en mi propia carne, tengo que decir que prefiero morir antes de que se repita la historia. No desaprovechemos los momentos que estamos viviendo, no son tan buenos como nosotros quisiéramos, pero volved la cabeza para atrás y comprobaréis cómo el mundo se está ahogando en su propia sangre. No subamos a ese tren de la muerte que algunos se empeñan en que subamos, con sus manifestaciones y sus mentiras; no volvamos al pasado, y conservemos la poca paz que nos queda. Una paz que muchos países desearían tener en estos momentos, en vez de tener que estar diariamente recogiendo sus muertos por las calles, debido a estas guerras malditas, que solamente traen hambre y miserias.

Tengo escritas mis vivencias sobre nuestra guerra y la posguerra, entre 1936 y 2002. Este libro se compone de doscientas cincuenta páginas, y están depositadas en los archivos de la Universidad de Barcelona y en los archivos de la Roca del Vallès, pero mi mayor ilusión es pensar que, cuando yo cierre los ojos para siempre, dejaré estas vivencias vividas por mí para que mis nietos y los nietos de mis nietos, si fuera posible, se enteren de cómo transcurrieron todos los años pasados por este niño, hasta convertirse en vuestro “avi”. Solamente os deseo que tengáis más suerte que tuve yo, y que la historia no se repita. También os digo que esta historia, la mayoría de veces, siempre fue hablando en catalán. Por aquellos años, se hablaba más el catalán que ahora, a pesar de la dictadura de Primo de Rivera, que nos prohibió hablar el catalán.

¡Visca Catalunya!

Gabriel Monserrate Muñoz

Barcelona, 30 de marzo de 2007